¿Cuántas veces hemos pronunciado la palabra "amen" después de alguna oración? La mayoría **la aprendimos al mismo tiempo que aprendimos a rezar.** Es una palabra muy corta, pero que **está cargada de mucho significado**. Lástima que **muchos de nosotros ya la repetimos sin darle mayor importancia o hasta lo hacemos por rutina.**

Esta palabra deriva de "*aman",* que en hebreo y en arameo significa **"hacer estable" o "consolidar"**, es decir, es estar seguro.

Decir amén **es expresar seguridad y confianza ante algo que se cree**. De hecho, la palabra **pertenece a la misma raíz que la palabra "creer".** Por lo tanto, nosotros al decir "amén" después de alguna oración, **afirmamos que creemos y que deseamos que dichas palabras se cumplan.**

El Catecismo de la Iglesia Católica nos reafirma: ***Creer es decir "Amén" a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de Él, que es el Amén de amor infinito y de perfecta fidelidad (1064).*** Como ejemplo tenemos lo que sucede en la Eucaristía, ya que antes de recibirla, el Sacerdote alza la hostia consagrada y nos dice "El Cuerpo de Cristo" y nosotros asentamos con un "Amén", es decir, lo creo y lo acepto en mi vida.

Jesús mismo lo llegó a profesar muchas veces, antes de cada enseñanza al decir *"En verdad, en verdad os digo"* (Jn 5, 19) y esto para demostrar que hablaba con autoridad y con verdad. Con esto, es como si él mismo nos dijera **"créeme que es verdad lo que te estoy diciendo".**

El uso de esta palabra lo podemos ver, incluso, desde el Antiguo Testamento y hasta las primeras comunidades cristianas. El Profeta Isaías se refiere a Dios como el Dios del Amén, es decir, el Dios fiel, el Dios de la verdad: “Quien desee ser bendecido en la tierra, deseará serlo en el Dios del Amén” (Is 65, 16).

Por lo tanto, **cada que decimos “amén” debemos darnos cuenta de lo que decimos**. **Al repetirla hacemos un compromiso con Dios, pues le reafirmamos nuestro “sí”, confírmanos que creemos en Él, en su palabra y, por lo tanto, que queremos ser siempre fieles aún a pesar de nuestras dificultades.**

Pero este compromiso no lo podremos cumplir por nuestras propias fuerzas, sino que es Dios mismo quien nos ayuda por medio de su Hijo Jesucristo. Así lo afirma el emérito Papa Benedicto XVI: *En nuestra oración estamos llamados a decir “sí” a Dios, a responder con este “amén” de la adhesión, de la fidelidad a Él a lo largo de toda nuestra vida. Esta fidelidad nunca la podemos conquistar con nuestras fuerzas; no es únicamente fruto de nuestro esfuerzo diario; proviene de Dios y está fundada en el “sí” de Cristo, que afirma: mi alimento es hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34).*

Este “sí” a Dios debe ser una tarea de todos los días, puesto que sólo así nos mantendremos firmes y unidos con Él. De esta manera sentiremos el consuelo de su amor y su compañía. Dios no se cansa de nosotros, no pierde la paciencia ni se enoja cada que nosotros no le hacemos caso, al contrario, Él sale a nuestro encuentro, da el primer paso para demostrarnos que su fidelidad es eterna.

Busquemos encontrarnos con el Señor que está vivo y que espera por nosotros. La oración es ese “sí” al diálogo con Aquél que nos ama y que busca dar consuelo en medio de las tempestades de nuestra vida y hacernos vivir unidos sólo a Él.

Este artículo fue publicado originalmente por nuestros aliados y amigos: